

APROBACIÓN

Por mandado del señor don Luis Venegas de Figueroa, gobernador, provisor y vicario general deste Arzobispado de Sevilla, he leído con cuidadosa atención el *Panegírico* que compuso el licenciado Pedro de Espinosa, Rector del collegio de San Ildefonso, de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, y no hallo en él cosa contraria á nuestra santa fee, ni contra las buenas costumbres; antes pone á nuestra consideración un claro espejo de príncipes, con estilo que lo estime el culto y lo admire el que no lo es. Éste es mi parecer; en Sevilla á 27 de Abril de 1629 años.

DOCTOR ESTEVAN DE VILLA REAL.

LICENCIA

El doctor don Luis Venegas de Figueroa, gobernador, provisor é vicario general de Sevilla y su Arzobispado, etc.

Doy licencia á cualquier impresor para que imprima este tratado sin incurrir en pena alguna. Fecha en Sevilla, á veinte y siete de Abril de mil y seiscientos y veinte y nueve.

EL DOCTOR DON LUIS
VENEGAS DE FIGUEROA.

CRISTÓBAL DE MIRANDA,
Notario.

EL LICENCIADO DIEGO LOPEZ DE SORIA,

CAPELLÁN DE SU MAJESTAD

Aunque liberal voló el deseo de vuestra merced, parece que la execución le dió alcance, si bien á ninguno ha ofrecido tanta ocasión la verdad. El asunto se hurta á humano; el escrito atreve apuestas á divino. ¿Quién se podrá valer entre dos tan grandes admiraciones, siendo para cualquiera cuarto asaz estrecho la misma capacidad? Con todo eso, ó yo estoy mal cobrado á mi razón, ó vuestra merced temió escarmentar ajenos ardimientos; y, por lo menos, si no ha llegado su vuelo á su esperanza, le invidio la caída de pretensiones tan gloriosas. Guarde Dios á vuestra merced.

EL LICENCIADO JUAN GUERRERO

PREDICADOR DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE MEDINA SIDONIA

En la copia de este dos veces excelentísimo retrató la imitación, falseó los perfiles, perdió tintas, arrojó los pinceles á los pies de los imposibles, y para los siglos futuros queda profanado el respeto de la esperanza. Suplico á vuestra merced, señor licenciado Pedro de Espinosa, se deje hallar de mi voluntad, porque, rindiéndole de espacio los afectos de su sobrado sentir, no peque contra la fe del gusto.

DON JOSEF DE SARAVIA,

CABALLERO DE SANTIAGO, SEÑOR DE LA VILLA DE ERANSUS, SECRETARIO DEL EXCELENTÍSIMO DE MEDINA SIDONIA, MONTERO DE CÁMARA DE SU MAJESTAD

No ha mostrado vuestra merced lo más de su caudal en lo que escribe, sino en haber sabido conocer la razón de hacerlo. Confieso á vuestra merced ingenuamente que en los principios de su intento me pareció tan singular el camino que vuestra merced eligió, que, en fe de lo que le estimo y venero, le temí, y deseé que suspendiese vuestra merced su resolución, para suplicarle después que la excusase de todo punto. Bien creo que conoce vuestra merced de la verdad que profeso que si sintiera otra, si no la dixera, callara lo que digo. Mirado he con atención á Plinio, en su Panegírico á Traxano, y si bien confieso lo grande de aquél, no estimo poco ver éste; para que el más presumido romano conozca que saben nuestros españoles (si bien imitando) añadir á lo que ellos (tan altamente, por cierto) pensaron y executaron. Si el suplicarlo yo á vuestra merced puede servir de espuela para que con mayor brevedad le ponga vuestra merced á la censura del más atento, lo hago (sin duda) con mis mayores veras, esperando gracias de todos los doctos á cuyas manos llegare. Guarde Dios á vuestra merced muchos años, como deseo. En Sanlúcar, á diez y siete de Febrero de mill y seiscientos y veinte y nueve años.



PANEGÍRICO

Doy parabién á mi deseo de haberme empeñado en riesgos tan necesarios; porque, como impuso en mí tu benevolencia, Excelentísimo Señor, censo de alabanzas perpetuas (no al quitar), es razón cobres en mi voluntad los corridos de mis obligaciones. Y aunque conozco que este intento es mi mayor enemigo, pues me guía á imposibles, á que sume lo que no pueden todos los ceros de la Aritmética, tus grandezas, con todo, esfuerzo mi desconfianza por pagar lo que puedo á cuenta de lo que debo, y porque á la tuya queda suplir mis alcances. Válgame la osadía, ya que no la ejecución. Sea famosa mi ruina, pues es su causa famosa. Y á fe he de hallar en mi atrevimiento lo que menos deseo; mas en tanto que examino con pertinaces ojos, rayo á rayo, las fraguas de tu resplandor; si no legitimare mi vista por culpa de mi dicha, me socorreré cegando. Volaré, aunque me anegue; aunque me abrase. Ya sé no hay quien pregone grandezas como el silencio. Que las alabanzas son pequeñas si caben en palabras; mas la llama y la voluntad no saben ocio. Es muy niño el amor que no se atreve. El grande es un arrojado, nunca buen consejero. Agráviase si nos valemos de la cordura. Para volver no aguarda á que le perdonen la primera. Jamás halla cansada la pluma. Sigo á un ciego, loco, que me vuelve loco y ciego, y más que ciego, temerario; mas importa para llegar á la dicha pasar del atrevimiento.

Además, que muchos héroes famosos hubo antes de Agamenón, y éste vive en la *Iliada*; mas aquéllos son como si no hubieran sido, por falta de quien haga memorable la gloria que cubrió su sepultura. Esto me da ocasión á tan desculpado atrever como es anudar el hilo que quebró el paréntesis del *Elogio*, á que levante más el ánimo que el vuelo. Porque tarde llega la fama á las cenizas. Al fin, Señor, nos buscarán los que vienen por el rastro que dejamos, tú de luz y yo de plumas. Y aunque eres más conocido por grande que por tu nombre, más por las costumbres que por la cara, y los ojos que te merecen se ponen en paz con todos los sentidos, mas toda alabanza propia consta de labio ajeno. Y aunque tu virtud se contenta con serlo, no puedo apiolar el templado deseo de reducir á memoria algunas acciones tuyas, para enmienda de los siglos venideros y autoridad del presente; porque así que me obligaste, despedí mi libertad. La sangre, húmido y frío, hacen lánguidos. El flemático será hermoso (el flamenco), pero sin gracia. La adustión colérica destruye la materia de que se compone la hermosura. Á la sobrada estatura falta el garbo, por el calor divirtido. La melancolía favorece á la gracia y al donaire. La sal del habla es don; los pensamientos, estudio. El calor, instrumento del brío, lleva acierto á las acciones y palabras. El moreno y enjuto es el más elegante y gracioso. Ya dí contigo. La viveza de ingenio es orla de tu discreción. Que ésta suele hallarse sin donaire. No es lo mismo discreto que apacible. Dices lindezas, y son sales; y con tanta presteza, que coges entre puertas el entendimiento. Tu gracia consiste en la bizarra proporción de tus acciones. La gentileza informa hermosura. Tres cosas grandes he dicho: hermosura, discreción y gracia; la última se lleva la manzana. Parece que se fabricó tu condición de la gentileza de tu persona, tesoro de todas las gracias naturales. Cualquiera te pronosticará por las enigmas del rostro, si atento las llamare á cómputo. Como Marcial, quieres grandezas y fogosidades; como melancólico, gobierno y discreciones. Deste humor nace la firmeza en tus propósitos. Es el que llaman heroico: dice verdades, desprecia peligros, pide reformaciones, ama hermosuras, de-

sea soledades, achaque (aunque discreto) verdugo de hombres de bien; que *ad laudes et per horas* los acuerda de sí mismo. Has establecido tu imperio en las voluntades, y así, tienes fianzas de todos en tu misma condición. Para nadie naciste menos que para ti. Y tanto es mayor el bien, cuanto más universal. Fortaleces á la virtud con tu ejemplo. No fías de la apariencia hazañera lo que de la sustancia; no te concedes á la opinión, sino á la esencia. Más nos defiende tu demostración que tu artillería. No consientes que remedie las cosas el tiempo, sino la razón. Á tu advertencia debes el no vivir acaso; y tienes los deseos tan tenaces en la verdad, que te has hecho inviolable aun á la misma sospecha. Joven, despreciaste á la fortuna como gallardo, y ahora, como entendido. Siempre que ésta tuvo encuentros con tu virtud, salió las manos en la cabeza. Quiero gozar de tus vitorias holgándome de ellas, y retroceder años.

¿Por qué te adelantas en ese barco por el mar de Huelva, mancebo generoso de diez y nueve abriles? No así quiebres con la priesa los cristales del siempre falso Ponto. Llevas pocos criados, y menos armas, si mucho valor. ¿Por qué te remontas tanto de la escolta de barcos que te sigue? Sospecha siquiera miedos. No te veo comprendido en túnica de diamante, ni ahajado el cuello con yelmo; si coronado de plumas el sombrero, que presto serán alas de la Fama. Aguarda á que asome, afectuoso amator de peligros. No te niegues á humano. Puedan contigo algún recato los desalumbramientos del miedo. Mira que no hay discreto confiado, ni confiado discreto. Repara en que estás acreditado de cana juventud. Que te madrugó la razón, que sólo pareces mozo en los pocos años, aun cuando los verdores de la adolescencia son disculpa de sí mismos. Mas ¿cómo puedo introducirte á temor, si en los primeros movimientos de tu cuna, con valor mucho y con invidia no poca, ahogaste los áspides revueltos á tu dicha? Al fin, naciste á contrastar dificultades. Ya estamos en la mayor. ¿Ves aquella velera paloma que vuela por las azules ondas marinas? Pues no trae oliva. Aquella galeota que llena el lino de segundos vientos (á cuyo escarnio dirige inquietos tafetanes) escándalo es

de Neptuno; terror y ruina de las playas españolas; hospedaje de vagabundos piratas, turcos fieros, tanto, que aun no saben consigo ser piadosos. Empeñadas traen sus esperanzas en tus desposos. Ya se divisan treinta y ocho. ¡Oh, lleguen en favor de su desdicha! Ya te hacen treinta y ocho salvas; ya les agradeces la cortesía; ya vibras rayos; ya apañas un cojín de terciopelo, á falta del pavés de siete hojas; ya sacan los alfanjes: ¡sea á la vergüenza! ¡Santo Dios, qué confusión! ¡Qué humo! ¡Qué algazara! Cálense al profundo los plateados ciudadanos del mar. ¡Oh, cómo embistes! ¡Cómo hieres! ¡Cómo matas! Ecede á lo inventado y no creído. Tal mauricano león, azorando el coraje con la cola y erizando la engreñada pompa de sus quijadas, fulmina fatales aceros sobre la rabiosa defensa del tigre. En fe de un remo vence[s] la dificultad de la subida, á pesar de relámpagos, truenos y rayos estupendos. ¡Oh, cuántas fuerzas te repiten yunque, tantos ruidosos y anhelantes Brontes! No hay cosa que en sus manos no se convierta en tiro. Mas, con todo, primero se hallan heridos que amenazados; antes en el ánimo que en las personas. Esperimentan los mortales decretos de tu saña. Al filo delgado no recatean obediencia las ánimas carmesíes. Con tibia sangre vahea la profunda quilla y salpicas tus laureles. Por las heridas anchas se asoman las vidas á ver la muerte, á cuyas puertas das golpes tan atroces, que les defraudas el uso de las armas y el espanto se las olvida en las manos, sin socorrer con ellas la cabeza. Atentos á las tuyas, no hallan qué pedirte los deseos. El descolorido pavor los franquea [á] tus iras. Inhábiles de temor los nervios, solicitan refugios. Nadan en muerte los ojos. Lo que buscaron en tu atrevimiento hallaron en su castigo. Yace la perfidia rebelde á los pies del valor, en donde se honran sus labios y restituyen las mal ganadas victorias. Ya se han hecho dichas sus costosos agravios, decorados con tus cadenas y desposadas (*sic*) las manos. Más gloria adquirieron vencidos que ganaste venciendo. A los que en tres barcos te seguían y llegaron tarde, alto temor acometió su pecho. La más constante frente alteró el asombro; tanto peligraron en él cuanto los vencidos en tu ira. Ecedió el gozo á la capacidad. Y

viéndote comenzar en lo que no pudo acabar Hércules, hablaba el contento, sin saber acabar. Sincopando distancias el deseo, haciendo á los cristales bello ultraje, llegaste á Sanlúcar con veinticuatro Áfricas (que después presentaste al Rey) y, recibido en los ojos de tu padre y detenido en sus brazos, te repitió al pecho. La alegría suspendió de oficio á la lengua, humedeció el plateado respeto de su barba; encareció miedos, antes pasados que venidos. Trasladó afectos el corazón á las palabras. Mas reconociendo heridas en tu persona, disimuladas en tu bizzaría, se dejó poseer de impaciente dolor. Hízose azaroso el nombre de vitoria. Obediente, pues, al imperio violento de su ruego suave, te permitiste á las vendas, asistido de su cuidado. Venid á ser discípulos todos los que aspiráis á famoscs, que impedís las sienes de sonantes hojas, si tanta tiranía de la atención dispensa que os acertéis á valer, y en tantas glorias no pierde pasos la advertencia. Veréis la mayor victoria; aprenderéis inmortalidad; sabréis á qué Marte habréis de invocar en las batallas, y cómo habéis de hacer de armas para herir alas para volar. Venid, antes que peligréis en la credulidad; asegurad vuestra memoria en la Fama, que está de camino para la eternidad de los siglos.

Tanto valiente, ¿se concede bastante á bizzarro? Responda la Corte, donde tu admiración es deuda de todos; donde tu lucimiento no permitió distinción al sol, que de sus aumentos hizo agravios. Ni aun allí se halló tu espada con más señas de nobleza que mellas de valentía; aun en la permisión de las sombras de la noche, donde no acusa la nota; mas dentro de una sima un coloso guarda su estatua. Cuidó el cielo de tus favores, y se declaró el aplauso agradecido por tu parte, con ojos, manos y palabras rendidas. Con todo eso, en medio de la Corte, estuviste lejos de ella. Porque no heciste grandeza de la ignorancia; ni (cautelosamente afable) ganaste gracia con la falsedad; ni obligaste con agravio; ni ofendiste con favores; ni mentiste la cautela en la pretensión, ni la invidia en la cortesía; ni cifraste engaños en finuras. No heciste menos satisfacciones que mercedes, ni ocasionaste en tus glorias tus vituperios, ni (por disimular servicios) premiaste mé-

ritos con castigos; que los que te sirvieron de veras no recibieron recompensas de burlas. Mas á ti te pagaste con lo que diste. Fuiste, finalmente, lisonja de todas las potencias y sentidos. Ejecutoriaste bronces, á pesar de la invidia, la más honrosa de las injurias. No menos de halcones que de voluntades fuiste cazador mayor. Este divertimento real te hizo afectuoso amante destas aves. Tienen mucho de Fama: pluma y vuelo. Más acompañadas de ojos que de plumas, se desatan del guante, y de tal manera se pierden en el cielo, que la esperanza paga casa de vacío, en tanto que los planetas huyen del cascabel y la vista no acierta á volverse á los ojos. La enmienda de solícitos cuidados te arrebató, á suspiro de tu Huelva, y (reduciendo fácil á tu dulce consorte á obediencia de tu deseo) te apartas de aquel amado peligro, de aquella sabrosa furia, de aquel autorizado desatino, desestimando cuanto de privanza y favores encarecen los aprecio humanos. Porque (avisado del tiempo) lograste sus experiencias y el desengaño fiel de esperanzas traidoras, aunque puesto de tan buen aire á los umbrales de la Fortuna. Consideraste que cualquiera puede ser felice con lo necesario, y que quien con menos se agrada, menos mal experimenta. No se infamó el remedio en tu cordura; porque (juzgando el día presente por felice) repetiste la distancia que hay desde el hombre á sí mismo, que en la soledad es corta jornada, del alma á la razón, y cosa inocente no conocer uno lo que está de sus puertas adentro. Mas cuando afanaste el más bárbaro de los elementos, con tantos remos que sudaron palmas, entonces se acabaron de conocer los quilates de tu valor. Tu pensar fué ejecución; tu intentar, vencer. Con infinitas fatigas compraste el título de invencible, barato, aunque á tanto precio.

No fuiste menos temido por tu consejo que por tu acero. Díganlo las lágrimas aún no oreadas de Africa, á quien hiere más tu memoria que la espada de nuestra monarquía; que el temor es castigo cruel. Por mil testigos vale la confesión de la invidia. De las mayores dificultades tomaste armas contra ellas mismas, y de tal manera dispusiste de las ondas á tu elección como si mandarás al odre de Ulises, árbitro de las tormentas, y á tu obedien-

cia se vieron tan mansas como en el mapa. Y como no querer errar es el primer paso de la prudencia, y locura dorar al león la lana, tomaste al tiempo el pulso, y hallándole débil y oscuro (porque cuando pedías dinero te daban consejos), diste libertad al agua y al viento, cansados tres años de sufrir tanta majestad, y te retiraste con tres mil ducados de renta de tu hacienda menos, magnífico efecto de tu bizarría. Y entremediando en las fatigas ociosas, gozabas del día desde su nacer, sin hurtar las fábricas vecinas del cielo; las que dudan los poetas si son torres ó estrellas. Ya, certero, despachabas á toda diligencia por cuantas aves hacen su temblor en el aire; ya, certero, nivelando plomos, descolgabas de las nubes al pensamiento desmentido en plumas; ya, montero, calzabas vientos y (sin lograr estampas las arenas) vencías las fatigas de los montes; seguías fieras que (volando plumas de flechas) hacían para huir cuanto era para alcanzar.

En esta ocasión, hallándose el Duque padre en la edad á que todos quisieran llegar y ninguno haber llegado, habiendo muchos años cultivado plata, cercado de gloriosas imitaciones, cumplió como humano. La tierra pidió lo que había dado. ¡Estrechó poca urna (que blanda oprime) mucha grandeza! Fué ocioso padrino la majestad. Licenciaste al corazón que se pasase á los ojos. Habló la pena y perdonó la razón, porque le hallaste muerto en la suerte y vivo en el deseo. Mal concedido á los arbitrios de la herencia, que no deseaste y mereciste. Serenaste el dolor en el semblante y sobraсте á la desdicha. Jamás tuvo tanta valentía tu decoro. Comenzaste á pagar la pensión desvelada del gobierno en suspiros ahogados en su nacer, y habiendo venido toda la Religión y Nobleza de Andalucía, por la parte que á cada uno tocaba de su dolor, procediste á las exequias con tan aparatosa grandeza, que el exemplo no halló semejanza. Construiste pomposo aparador á tus obligaciones. Leyó de ostentación la magnificencia. No halló qué pedir el deseo; sí qué paralizar la invidia, porque, deslindando excelencia, pasaste de soberano á amagos de majestad. Cedieron á los efectos las esperanzas. Celebró cuanto llora como mejor pudo atinar el aplauso, porque de tanto padre recibiste no sólo la vida,

sino las costumbres della. La condición del artífice se retrató en su obra.

Es la prudencia más prestante que la fortaleza; el consejo, alma de la majestad; la tardanza, alma del consejo; la presteza, de la ejecución. Lo que se acertó sin consejo comenzó del error. Al que discurre bien y no ejecuta, doy ingenio, y no prudencia. Al que ejecuta bien y no juzga, doy prudencia, y no ingenio. Tú piensas en tiempo largo lo que ejecutas en breve. Desde la almohada vences. Buen consejo espera buen suceso. Y (porque ninguno puede ser para sí solo) tu primer consejo es no fiar de sólo tu consejo; que el que yerra para sí á todos engañará. Juzgas lo venidero por lo pasado. Miras las cosas de hoy con los ojos de ayer, y á ti, con los de mañana. No tomas después del yerro el consejo; antes muchos sellas con una firma. Y ejecutas bien, porque sabes recelar; que la confianza es antípoda de la prudencia. No de todo dudas, pero ni de todo confías; que en esta selva de hombres siempre hay lobos; y si falta el recelo, sobra el daño; y no es engañado sino el que confía.

¿Qué mucho que tu prudencia sea rayo del Padre de las lumbres, si descendes del Cielo, emparentado con él? Premias tu ingenio en tus elecciones, así como nuestro daño desagravia á tus consejos. Admites al dosel judiciario, ó viejo, por la sustancia, ó colérico adusto, por la eficacia, ó melancólico, por la firmeza; y al flemático (que sólo en cólera suele ser menos necio) y al sanguíneo descartas. Consultas con muchos; resuelves con pocos, y tu epiqueya es el realce de la prudencia. Si cuando castigas muestras dolor (sal con que sazonas el escarmiento), no desobligarás con favores. A la pasión en aumento, picada de su espuela, aguardas que se amanse, por no alargar la carrera á sus necesidades. Tal bebida fría, en declinación de calentura, la remite; y antes, la enciende. Del tiempo deseas lo mejor, esperas lo peor, y tomas lo que te da. No digo que te has librado de los sucesos, sino de los errores. Si no lo que deseaste, te sucede lo que pensaste. Traes á vista toda la licencia de la Fortuna, como la que ha de hacer cualquiera cosa que pueda hacer. Lo que á otros padeciendo te acon-

tece á ti pensando, porque miras lo sucedido con prudencia de esperado. Mas ¿qué pluma apuesta vado con el mar de tu discreción? Sólo diré un grano de su arena, considerable, á mi sentir. Insinúas tu cordura haciéndote alcanzadizo; no dándote por entendido de cosas, que la mayor prudencia es hacerse á ratos desentendido. Porque en ser prudente suele haber imprudencia. La solercia y agudeza en penetrar imaginaciones pone en sospecha y recato. Es intolerable dueño el que preside á los pensamientos. Como tan sabio, no quieres estar en todo. Hácestes corto de vista. Átomos y menudencias dejas á las disputas analíticas; que el gobierno quiere hilaza más gruesa, y en no remediar lo advertido se pierde reputación. Paso de tu prudencia á tu templanza.

Mas ¿cómo diré la moderación de tus afectos? Tus apetitos no pasan de los ojos. Las deudas de la razón mandas que pague el gusto. Tu antojo no disimula obligaciones. No das con el albedrío á los pies del deseo; no con el interés atropellas á la reputación; no con tiranías solícitas indignas adoraciones. Sabes que fuiste criado para sólo usar bien de cuanto te dieron. Aquel Alejandro que era para el mundo grande y el mundo para él pequeño, mostró que llamarse grande y serlo no es todo uno; porque, habiendo vencido tantas naciones, desmantelado tantos muros contumaces á los siglos, escondido tantos campos con el número, desentumido ibiernos, hollado aguas macizas, agotado ríos derivados de ignorados países, apurado tantos laureles con victorias, las tazas repetidas lo encerraron temprano en indecente urna. El que venció al mundo yace vencido de una tinaja, oliendo á quien lo venció: los destemplados se ausentan de sí á otra región. Fabrican escarmientos á la cordura; locos voluntarios, colman el estómago de cuanto afanaron los elementos; hospedan en sus entrañas un pago; con ojos inciertos, ven más figuras que hay en la pretina del cielo; con brindis turbados (vertiendo las espumas, alegrías de Baco, por las tazas alisadas con la costumbre), hacen la razón (así llaman á su desvarío); derrámanse como tinaja que estalla vencida de las mocedades del mosto. Errar contra sí mismo, si no es el mayor pecado, es la mayor bobería. En tu mesa, viéndose la mayor

grandeza, se ve la mayor templanza. Ignoran los maestresalas qué te sabe bien ó mal. Ahorras de estudio á la curia de los cocineros. Sin la gula te viene el sabor. En el gusto se premia su templanza. Con el ejercicio no te pide dulces el sueño, aunque es tan corto como la comida.

El poderoso tirano (mas todo lo dije en poderoso), el juez útil á su cudicia, tendrá tantos ofendidos como litigantes. Vara torcida no hará sombra recta. Por ventura, ¿verá el derecho vendados los ojos con faja de oro, y no le torcerá en desigual Astrea? La pasión antes condena que juzgue. Ociosas son las leyes al soborno, y más con glosas. El juez malo desagrada á Dios; el bueno, á los hombres. ¿Qué mucho venda la justicia quien compra el gobierno? Mala es la medicina donde perece algo de la naturaleza. Sabes que tu hacienda puedes dar á quien quisieres; la justicia no, sino á cuya es, por lo cual le intimas estos cánones: que no vea con ojos dormidos, ni oiga con oídos infieles; que no sentencie el poder; que no sea fácil de oído, ni los gane ambos el que llega primero; que no mire los males ajenos como tales. Que en todo corte, dando parte á la gracia, pues lo que más enmienda es el castigo cortés; que tal vez perdone sin riesgo, con que no se atrevan en su piedad; que los males, ya que no despedidos, sean enmendados. Para el buen efecto desto das los oficios á las personas; no las personas á los oficios. En esto no tienen parte las obligaciones, sino los méritos. Tu elección es efecto de tu conocimiento. Persuadiráte el engaño, pero no te engañará la persuasión; que ni te conoce ni la conoces. Nada crees de ligero, ni lo desprecias. Cuanto confías de caballero, desconfías de discreto. Para la confianza se fabricó el escarmiento. Visitas á tu costa tus estados, porque no tengas qué te perdone la distancia. Tu noticia no debe menos á los oídos que á los ojos. En el buen tirador no ha de ser acaso el acertar, sino el errar. En estas informaciones y en cualquiera otro manejo de negocios eres tan recatado, que parece que tus secretos guardas de ti mismo: no te hallan, aunque te busquen, tus pensamientos, ni la cudicia de la curiosidad, ni la misma sospecha, te debe un indicio. ¡Oh, señor, qué medido te veo á

tus obligaciones! No ocasionado por mozo, ni peligroso por rico. No como más poderoso, sino como más justo. Del más justo y poderoso será blasón el serte comparado.

Digo poco en que siempre te pareces á ti mismo, si no añado que muchas veces te opones. En aquella demasía de caballos que presentaste á su Majestad en presencia de la Alteza Inglesa, la misma ocasión que los pedía te los negaba, y tú, sin otra guía que tu ejemplo, te enviaste á imposibles, que dispusiste á obediencia de tus deseos. No quedaste á deber paso á la diligencia, ni número al interés, porque se hallaron tus manos muy vecinas de tu condición. Juzgaste á gran pedazo de dicha la priesa de lograrlos y la dificultad de hallarlos. Juntaste veinticuatro pensamientos, aunque vecinos del Betis, naturales de sí mismos, que es la patria más hermosa; y, con jaeces y otros tantos esclavos con librea rica, llegaron en Madrid antes á los ojos que á la esperanza. El pueblo (arrebataado á admiraciones) todo era uno llegar y enmudecer, ver y cegar, sin poder sus encarecimientos dar alcance á la riqueza; que para ser la mayor, sobraba la media, y para admirable, lo recién llegada. Su atención se agradecía ser vencida de su grandeza, y se confesaba deudora de su buen gusto. No guardó la admiración respeto á los estados: rindióse la gravedad al gozo, que repetía tus segundas alabanzas, olvidado de las primeras, y tal vez la maravilla partía la voz en los labios. Y, siendo así que todos veinticuatro fuego y no viento perdían, viento y no tierra pisaban, y después que la espuela los daba en fiado al aire, absolviendo á los ojos de testigos, repetían cuerdos el freno, rindiendo á mansos amagos su libertad, y siendo tan hermosos, que con ellos lucían sus mismas galas y el sol era más claro por ellas que por sí mismo, y el oro (su sustituto) no parecía resplandor prestado; y porfiando los reflejos con los rayos se defendían de la vista, por más que el alma asistía á la atención, con todo eso, á los caballos desvaneciste con la ufanía de tanto oro, y el adorno era lo principal, y ellos lo accesorio, y al oro pusiste en empeños con el arte, y con el bordado desapareciste la tela, y á las piedras preciosas no dejaste hacer labor, sino algo. Tú que lo pintaste, le corraste la cor-

tina de los tellizes, que, á no ser tan ricos, se corrieran de andar tan descorteses. Señor, competidor de ti mismo, tus grandezas hallarás quién las alabe; no quién las imite: podrán dejar de ser nuevas; no primeras. Encomendadas quedan al diamante y en sus letras defendidas. Crédito hallarán en tu fama y reputación en tu nombre.

El planeta cuarto, el sol humano, el Rey, avisó su venida á tu Bosque Doñana (*sic*) un mes antes y previno escusases las demostraciones que presumía de tu condición. Faltaste á la obediencia por sobrar al respeto. Heciste en aquel yermo encantamentos tales, que apenas la verdad vale por testigo. Si no fué aquella ciudad, nada se ha hecho grande de repente. Hasta la salud trocaste por ánimo. Fué menos dicha, pero más valor. No te diste por entendido de los imposibles. Tu espíritu te persuadió que aun no eran dificultades. En ellas medraste valentía. Halló la Corte á la Corte, y seis mil personas todas sus delicias á su albedrío. Había estudiado sus fachadas la pompa. En porfiadas mesas serviste desde la cama á cuanto nada, corre y vuela, aun sin que la hambre lo demandase. No causó menos espanto que placer la no vedada corriente de los vinos. Vendió estimaciones la demasía. El desperdicio habló alto, á ley de desvanecido; juró en abono de tu grandeza. En gracia de la noche anegaste el aire en piélagos de fuego y notaste el cielo de luminosas rúbriças. Infinitas joyas ricas mejoraste en la posesión de nobles dueños. Hiciéronse ojos todos los sentidos, porque pedía su riqueza tantos ojos. Hasta la sinrazón de las bestias pasó plaza de entendida, pues no temieron á aquella deidad humana tanto por el arcabuz como por la majestad. Esponiánsele, á redimir su muerte con su fama. Tres días perseveró á las fieras; ni cueva escondió piel á su lanza. Traduxo á su mano cuanto vuela; ni las estrellas le hurtaron pluma. Cuanto vive mar entretuvo su vista; ni los abismos le negaron escama. Hollando veranos, agradeció á las flores el haber nacido en su nombre. En tantos milagros le embarazaste la admiración, que sacó pies el encarecimiento, embarazado no sé si de la demasía, si del orden. Por el oído corre peligro la estima; mas, considerando

que tus acciones tienen la aprobación en tu nombre, mejores en ser tuyas que en ser tantas, se aseguran los temores del crédito. Agravada, pues, la vuelta de la Corte con pesadumbre de oro, venían admirando tus grandezas, con atención, por ser tales; con gusto, por ser tuyas. Mandaste á la tierra que para recibir al Rey se arrojase mil pasos á la agua, por donde el mar se bebe el nombre al Betis. Recibiste en los brazos reales el retorno de tus cortesías, y en cortas palabras largas muestras de voluntad, honrando á tu casa con su vista, y con tu consejo al de su Estado.

A los señores no hace el poder, sino el ánimo. Claro está que debes tanto lucimiento menos al estado que á la condición. Alégrate, que todas tus acciones te parecen, y que serán gloriosas y primeras hasta que se cierren los siglos; mas ¿qué mucho, si siempre te llevas á las ocasiones de gastar y le[s] sales al camino sin temor de consecuencias? Fabricas de tu mano tu reputación. Confirmas el amor con beneficios, no sólo con agrado, sino con mano floja. Como el sol, naciste para todos. Falsificas la voz griega: «allí hay cudicia donde riqueza». El caudal, arrebatado de tu costumbre, ha mudado tus rentas en antaños, y tu mayor gloria al mayor daño de tu fisco. Juzga[s] que sobra mal cuanto no es forzoso, y que sólo no es torpe lo necesario. ¿De qué sirve lo que sobra? ¿Qué falta hace lo que no falta? Nada falta donde hay lo que basta. El uso se embaraza con la sobra. Muchas riquezas dicen mucha necesidad. No se adquieren por virtud, mas por virtud se gastan. Cuando se te fueran todas, no te llevarán más que á sí mismas. No sólo las tienes como ajenas, sino á ti como prestado; están en buen lugar cerca, y no dentro. Igualmente las guardas que las pierdes. En tu poder son esclavas; en el ajeno, señoras. No es mucho se te vayan, pues no les permites lo que ellas á otros permiten. No pródigo ni avaro, sino liberal; que todo eceso daña, ó no aprovecha. Así las gastas como ajenas. No padecen menos en poder de tu condición que de los cosarios. ¿En quién pudo la fortuna mejor depositarlas que en el que se las vuelve aun antes que se las pida? No lo dije: que las riquezas de ti las alcanzas; no de la fortuna. De aquí es no juzgarte manchado con los ojos de la nece-